

Querido amigo/a:

¿Te has preguntado alguna vez si sabes escuchar? Los entendidos/as dicen que es todo un arte. Prestar atención, ponerse en el lugar del otro, captar sentimientos, contenidos y demandas, acoger sin juzgar, responder adecuadamente a cada cosa... Escuchar, como muchas cosas de la vida, es un arte.

Hoy Jeremías levanta acta de una realidad: cuesta escuchar. Lo repite varias veces: “no escucharon... no me escucharon... no te escucharán... no te responderán... no escuchó...”. Cuesta escuchar... y más, quizá, si se trata de Dios.

A Jesús, en el Evangelio, le pasa algo parecido: los que ven sus obras no son capaces de ver en ellas la acción de Dios, el servicio a la vida... y las tergiversan atribuyéndolas al demonio.

En medio de todos los ruidos del mundo y de nuestra vida, hoy puede ser un buen día para recordar que es posible aprender a escuchar: escuchar la voz de los otros, cercanos y lejanos; escuchar la voz de la creación, del mundo, que susurra, gime o canta; escuchar la propia vida, sin temor, con confianza; y escuchar en todo ello, y en su Palabra, la voz del Dios que nos sale al encuentro para decirnos: “Escuchad mi voz. Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo: caminad por el camino que os mando, para que os vaya bien”.

La Cuaresma es tiempo de agudizar el oído... para que los pies avancen por caminos de vida. Porque una buena escucha lleva a una mejor respuesta.

¿A quién o a qué debes escuchar más y mejor? ¿En qué consistiría ese “escuchar mejor”?

“Ojalá escuches hoy su voz”. Pues a ello.

Tu hermano en la fe:

Luis Manuel Suárez, claretiano